

HOJAS FRÍVOLAS Y CÁLICES EFÍMEROS

EL *Heraldo de Cuba* ha expresado, en dos pequeñas notas editoriales, que son dos minúsculos modelos de gracia intencionada, un par de observaciones que se me antojan llenas de exactitud. Y éstas son: los parques de la Habana, que debieran ser pedazos de campiña tropical, están pobres de flores y de hojas; al paseo del Malecón le faltan árboles.

Quien tal dijo es, sin duda, fiel devoto de la belleza y afectuoso amigo de la higiene. No negaré que estoy de acuerdo con él, sólo que, como más desocupado y menos exigente, conozco rincones de jardín habanero que son una delicia, y he entablado amoroso compadrazgo con algunos viejos árboles que me reconcilian absolutamente con la Naturaleza, mi señora madre, de quien me alejan, a veces, errores, caprichos

y extravagancias que bien castigados suelen estar con el disgusto de vivir que me asalta en ocasiones, y que, afortunadamente, dura poco.

Y ahora, mientras la temporada lírica me ofrece oportunidad de charlar de música; mientras concluyo de leer un admirable libro que me dará ocasión para ordenar y exteriorizar mis impresiones acerca del estilo de Martí, estilo único, de turbadora y desconcertante originalidad; mientras en la urdimbre de los diarios sucesos veo brillar, como una lentejuela, un acontecimiento que me sirva para bordar a su alrededor fantásticos ornatos verbales, deseo que se me permita ir, a tontas y a locas, por calles y paseos, y que, mirando casas, árboles y gentes, con una curiosidad sin profundidad, vaya anotando las rápidas escenas que el mundo exterior proyecta sobre la pantalla de la imaginación.

Bien sé que espíritus graves, ánimos serios, ceñudos juicios, meditativas inteligencias, han de menospreciar estos juguetes deleznable de la crónica, estas chucherías de barro de mi literatura, que improvisadamente plasmó, con la precipitación nerviosa de quien sabe que es necesario emprender y rematar la tarea en el breve y preciso minuto que precede a la formación angustiosa de esos papeles escritos al vuelo, im-

presos a la carrera y que se llaman los periódicos del día. Veo la sonrisa, adivino el gesto desdenoso del académico, que levanta la nariz en cuya punta cabalgan los quevedos orillados de carey. La levanta del *infolio* polvoriento que abre su pasta española para enseñar en las páginas amarillas los caracteres elzevirianos que se alargan y enroscan como espiroquetas cultivadas por el ingenio, para propagar, esotéricamente, la sabiduría. La levanta, porque a su silencioso gabinete amurallado de estanterías entróse de la calle, por el balcón lleno de sol, el ruido de mis cascabeles domingueros. Importuno es el rumor, y desde luego, y muy a las claras, indica que por el arroyo va la frivolidad, cruza, desenfadadamente, la alegría tontuna, baila, dentro del corro popular, el saltimbanqui regocijo. Momo aventó al aire su gorra festoneada, o Arlequín agita brazos y piernas en una danza loca...

—No es eso, hombre sabio. Es la vida que pasa. Entretenido en tus meditaciones, absorto en tus contemplaciones, ensimismado en tus investigaciones, ignoras, acaso, lo que la realidad tiene de tremendo y de doloroso; tal vez te olvidaste de que lo frívolo suele no ser sino la apariencia de lo triste, y de que, con frecuencia, el casca-

bel suena porque dentro de su hueca esferilla de metal brinca una lágrima endurecida. Por asomarte a los abismos de la filosofía no te acuerdas de que hay otros abismos donde fatalmente caen los que, no pudiendo, como tú, abrir las alas y remontarse, tienen que caminar arrastrando los pies, por el suelo que oculta entre las yerbas del camino trampas y precipicios. ¿Qué sabes tú, pozo de ciencia, de las pequñeces y necesidades del mundo? ¿Qué comprendes de este bregar sin descanso en la corriente humana? ¿Te das cuenta de que, acaso, dentro de la cuadrículada ropilla de Arlequín, un melancólico Pierrot suspira por su enamorada la luna?

¿Te figuras que, tal vez la mano que da vueltas al manubrio del organillo que suena frente a tu balcón, crispada de sufrimiento, saca esos valeses vulgares que desamodorrán al faquín cansado y entristecen a la costurerilla romántica? Haces bien en desdeñar lo frágil y efímero, tú que has escondido el fastidio bajo el birrete de Fausto; pero la vida hace mejor que tú, dejando que lo efímero y lo frágil se esparzan, se difundan por todas partes, porque son elementos necesarios de la existencia, formas biológicas en la producción incesante de la Naturaleza, y entran como

indispensables factores en la *infinita vanitá de tutto*.

Yo quiero hablar, a la ligera, por supuesto, como acostumbro, de flores y de hojas, vidas frágiles, seres efímeros a los cuales clasifica el naturalista, canta el poeta y ama la mujer. No me preguntes, buen sabio, si conozco la nomenclatura de Linneo. Admirando una rosa no se me ha ocurrido pensar en los fanerógamos ni en los criptógamos, sino en las mejillas frescas y en los labios sensuales.

Y bien: conozco y saludo y trato con cierta intimidad a varios árboles que pueden orgullosamente presentarse en cualquier concurso forestal, seguros de que pocos han de rivalizar con ellos. Son magníficos ejemplares. Al borde de la plataforma central del Prado, hay tres o cuatro fresnos que son un primor de exuberancia y gallardía: uno, sobre todos, de tan amplia y compacta copa que, si se le mira de lejos, cubre la perspectiva y ocupa un extenso espacio del horizonte. Sombrea toda la anchura de una de las aceras del Paseo. No es muy alto ni muy esbelto; pero está pletórico de savia y produce la impresión de un joven de baja estatura, rollizo y

fuerte que, como dicen los escultores, está bien plantado, y sonríe al aire libre. ¡Y vaya si está bien plantado el fresno! El tronco, de corteza flameante y obscura, sustenta, con firme arrogancia, como brazo hercúleo que levántase en alto, un ramo tupido, la bóveda de frondas. En la cual, el ramaje rectilíneo se multiplica profusamente recubierto y apretado de hojas, que la brisa balancea con delicada suavidad como mano que se recrease en alisar una cabellera.

Al pié del árbol, tiende sus espigas de palo pintado una banca del paseo. Quien, sentado en ella, alce la cabeza, por las mañanas—tranquilo dentro de la vasta rueda de sombra refrescante—podrá distraerse sorprendiendo en la copa las travesuras de los incansables gorriones, ebrios de sol y de alegría. Y al caer de la tarde, cuando la claridad entrecierra los ojos, más de voluptuosidad que de fatiga, y se van empenumbando dulcemente las cosas, el que descansa en la banca que cobija el fresno sentirá, como la monja del poema portugués, el sueño del éxtasis que lo envuelve en una nube de trinos. El árbol, con ser tan frondoso, abriga más pájaros que hojas, y se le ve el contento. Canta con infinitas voces de cristal. Parece que se va a deshacer en música.

Otro árbol hay en el Parque Central, una araucaria que es colosal y suntuoso candelabro verde. Y un *flamboyán* junto a uno de los quioscos angulares que tiene un soberbio penacho de seda desflecada en el que pronto se abrirán las flores, como bocas lascivas.

En el Parque de la India han crecido cuatro o cinco palmeras que son un encanto. Muy altas, de pulido tronco ceniciento cuyo perfil, que por el centro amplía la curva, semeja la alargada silueta de un vaso oriental. Nada más decorativo que estas palmas reales prolongándose, cilíndricas y nerviosas, por encima de los edificios hasta diseñar su florón de ramajes corvos en el turquí del firmamento. Y las ceibas apacibles y lánguidas, y los álamos de visos de plata, y las matas de hojas de carmín que de trecho en trecho se yerguen sobre el césped de los camellones, detienen las miradas y mansamente ofrecen al espíritu la visión apacible de su belleza.

Sí; faltan árboles y plantas que den carácter tropical a los jardines urbanos. Mas el contemplativo, el observador, el curioso, si buscan, encontrarán primores en estos cármenes de la Habana, cuyos pobladores vegetales sólo han cumplido a medias con el precepto bíblico: han crecido, pero no han logrado multiplicarse.

Sin embargo, este *Malecón* árido, con su inmensa curva de casas portaladas, su calzada de asfalto bruñido y su bajo pretil de piedra pulida, es un panorama grandioso, que, por determinados puntos, presenta un espectáculo de maravilla. Ese momento del atardecer, en el que se encienden, frente al mar, las gemas eléctricas del alumbrado, y la farola del *Morro* empieza a derramar sobre el fosforecente azul de las olas sus verdes y movibles ráfagas luminosas; ese instante en el que se abarca todo el cielo diáfano, fantástico, matizado de ámbar, de violetas, de rosas, de tenues y profundas tonalidades que nos bañan el corazón de ensueño y de melancolía; ese minuto de contemplación amplísima que nada distrae ni perturba, porque nada se interpone entre el cielo, el mar y el espíritu que dialogan en silencio, no necesita de los árboles. Pudiera suceder que fuesen allí unos intrusos y que con su verdura obstruyesen el vuelo de la meditación y quitasen solemnidad á las refulgentes lejanías.

Más que los árboles hacen falta las flores. Esta tierra que puede colmarse, como una canastilla, de cálices fragantes, abandona y descuida

su milagrosa virtud. ¿Por qué? ¿Será que piensa, como el sabio académico, que deben ser menospreciadas las flores porque son frívolas y efímeras?

Si la tierra pudiese responder, es probable que dijera: —No me culpes; mira lo que hago en las montañas. Pero en los jardines y paseos de la ciudad, no mandó yo; mandan los hombres...

LA HABANA EN CLARO OSCURO

SÁBADO 14.—Es una mañana, tan opaca y lluviosa, que, cuando desperté, me causó la impresión de que, por obra de milagrería, había yo viajado durante el sueño, y abría los ojos en una ribera danesa. Ya, desde la tarde de ayer, esta ciudad que sufre, en las siestas veraniegas, su borrachera de luz, estaba mustia, tristona, y como asustada por la noticia. Le habían dicho que venía el ciclón, y en la torre del Morro espiaba ansiosamente el horizonte, y se diría que le preguntaba al mar lo que la prisionera de Barba Azul: —Ana, hermana Ana, ¿qué ves?

El mar presentaba, a su vez, un aspecto de monotonía trivial. Su extensión, de un gris sucio, se arrugaba, imperceptiblemente, en pequeños oleajes, cuyo movimiento, por lo rápido, se asemejaba al de las alas vibrátiles de los colí-

brís. En la lontananza, semiborrada, melancolizaban algunos nubarrones, compactos, como lana apelonada. El puerto había erguido su bola negra para indicar que estaba cerrado al tráfico; y, a todo correr, dos buques extranjeros se apresuraban a llegar para ponerse al abrigo de la turbonada amenazadora. Ni una barca, ni un bote, ni una vela. Los *camino de cristal* estaban desiertos. Hacia el sur, la bahía, abriendo la graciosa y amplia curva de su anfiteatro urbano, en el que los edificios trepan y se amontonan, por las gradas de la colina diseñaba en claro obscuro su espléndida decoración, y picaba, con su punta de tierra, las brumas de la lontananza. Una mancha de claridad amodorrada y cenicienta flotaba, a trechos, sobre las aguas. Las olas chocaban, como con mal contenida rabia, en las piedras del *Malecón*. El paseo estaba solo, sin un paseante, sin un *ford*, sin un *aliado*. Un cuadro sin figuras. En la calzada central del Prado, también solitaria, unos hombres apuntalaban los árboles del paseo, clavando en ellos inclinadas espigas de madera que se afianzan al suelo. Los martillos de estos obreros sonaban, de modo un tanto lúgubre, en el ambiente cargado de silencio. La ciudad presentaba, por este lado, un aspecto medroso. Comenzaba a padecer un ata-

que de visible, aunque inconfesada nerviosidad. Así suele ponerse si le falta el sol, su sol, el viejo enamorado, el que la besa y la fecunda, el que la acaricia y la tortura. Imposible es que la Isla viva sin sol. Imposible que la Habana se la pase sin él. Tiene ella exigencias de mujer celosa. Lo obliga a permanecer en el cielo las horas indispensables. El día en que el sol se despide más temprano que de costumbre, la ciudad, habituada a las cálidas ternezas de su Romeo, quédase pensativa y mohína, y la asaltan pensamientos negros, presentimientos tristes, histéricas inquietudes, y temores y alarmas que le fruncen el ceño y le arrebatan su provocativa y suave sonrisa. Y es que sabe muy bien que su amante es todopoderoso y que nada pueden, mientras él está presente, vientos ni tempestades.

Y ayer por la tarde el sol se marchó de prisa, con la premura de quien tiene otra cita que cumplir, sin coquetear en las puertas del ocaso con su novia ni entretenerla con los cuentos árabes de sus maravillosos crepúsculos. Poco después del mediodía, muy temprano, desapareció como quien huye. Como era natural, esta ausencia, primero, engendró, y en seguida aumentó, el miedo de la urbe abandonada.

La noche llegó pausadamente, sin una estre-

lla, aspérrima y malhumorada. La plaza de Martí, con su gran cuadrilátero de verdura y su blanco monumento central, no lució sus fachadas rutilantes, sus pirotecnias eléctricas, los juegos de colores de sus anuncios luminosos. Los arcos de sus portales no se recortaban en ocre fúlgido como siempre. Los bancos y las sillas, bajo los ramajes, aguardaban en vano los corrillos alegres, las ruidosas conversaciones de las gentes. Las *máquinas* de alquiler, enfiladas a la orilla de la acera, hacían la impresión de cajas fúnebres en espera de sendos cadáveres. Los focos del alumbrado público balanceaban, con agitación incesante, sus globos de vidrio bajo la cónica pantalla, y las viejas farolas, enhiestas sobre la verde columnilla, esparcían apenas, entre las masas de sombra del follaje, su pálida luz, verde como llama azufrosa. No eran muchos los transeúntes, ni con frecuencia resonaba el sordo grito de las *sirenas*. Los cafés estaban vacíos y los pórticos de los cinematógrafos a oscuras. La Habana se recogía en sí misma, como disponiéndose a resistir la acometida del ciclón, que llegaría rugiendo y destrozando como el ogro ebrio de Perrault.



No había sonado el cañonazo reglamentario de las nueve, cuando una violenta ráfaga de viento pasó sacudiéndose las alas empapadas. Puertas y ventanas se cerraron con estrépito; crujieron vidrieras y escaparates, y se inclinaron los arbolillos del Prado sobre sus improvisados puntales. Los hilos de plata de la lluvia tejieron sus caprichosos y oblicuos rayados en la obscuridad. Gruesos goterones restallaron en el pavimento, que, pulido y lustroso, parecía una placa de onix. Tras de la primera vinieron otras ráfagas locas, más traviesas que iracundas; recorrieron las calles estrepitosamente, y enfriaron y humedecieron la atmósfera. La vida exterior se paralizó. Sólo en los balcones—ojos amarillos de los muros—y en los cafés, que iluminaban su soledad, quedaron vestigios claros de la animación habanera, locuaz, sensual, viva, que va y viene por todas partes, al filo de la noche, con sus gracias y su voluptuosidad, sus voladores y homicidas automóviles, sus tarareos de rumba y danza, sus discusiones acaloradas y baladís, y, en fin, la simpática y deliciosa paradoja de su actividad indolente, de su pereza imaginativa y regocijada.

Por primera vez vi en la Habana una noche negra. Las otras, todas las otras, aun las destem-

pladas y lacrimosas, fueron como las que cantó el poeta: blancas y azules,

transparentes, profundas y claras;
en el fondo del cielo sin nubes,
un reguero de polvo de plata.

Me encerré en mi habitación. Dormí. De cuando en cuando me despertaban los formidables ruidos nocturnos: el viento huracanado que azotaba mi ventana, la queja de los árboles, el rebotar de la lluvia en las paredes, algún lamento lejano, algún chirrido misterioso...

Y despierto en un día de ceniza y humo, tan opaco y triste, que de pronto me hace olvidar la hospitalaria tierra tropical que me acoge, y pone en mi memoria las páginas, espesas de bruma, del *Pescador de Islandia*. ¿Pero es cierto, señor, que estoy viviendo una mañana cubana? Sí, es cierto. Acabo de hojear la prensa, y por ella me entero de que el ciclón se alejó, dejando únicamente una huella de mal tiempo que durará varias horas todavía.

Mi curiosidad me empuja fuera de casa. Llovizna aburridosamente. Debe de ser ya muy

tarde, porque, a pesar de la incomodidad, de las rachas húmedas y de lo resbaloso del suelo, hay mucho movimiento en las avenidas principales. A la dificultad de las vías públicas estrechas vié- nese a sumar esta otra dificultad portátil y molestísima: el paraguas. Los murciélagos de trapo, clavados en las frágiles varillas, se entrecruzan, se estorban y se traban en una cómica contienda. He notado que los habaneros no saben manejar esta prenda ridícula. No han necesitado ejercitarse como los ingleses y los franceses en esta gimnasia japonesa. Los cubanos son, en cambio, muy diestros en otra japería: en la del abanico. Una mano de mujer y un abanico hacen prodigios de elocuencia en la Habana. Esta observación merecería encerrarse en un madrigal.

Los paraguas son una nota disonante en la Habana. Pero en este día luteciano no sólo son útiles, sino también decorativos. Lo negro es como la exacerbación de lo gris. Entona en este ambiente descolorido. Impermeables y paraguas recorren calles y callejuelas. Los *fords* han armado su caseta de hule, y las carretelas se han calado el capuchón.

La vida comercial y callejera se ha reanudado. Los carros de los tranvías corren repletos de pasajeros. Pasan, como golondrinas mojadas, los

muchachos voceadores de periódicos. No escasean las mujeres bellas en *toilette* de invierno. Los gritos de los vendedores ambulantes—esas romanzas breves que tienen por tema el nombre de una mercancía barata—se distinguen aquí y allí, entre el ruido chapoteante del tráfico. Sin embargo, si se mira el cielo entoldado de niebla y tan bajo que, como dice Daudet, parece tocarse con la punta del paraguas, se adivina la lucha del sol por asomarse a ver y a besar a su medrosica enamorada. Algunas nubes del cenit parecen espuma semidorada. De plata mate es la luz, como de plenilunio; pero si la mirada se detiene a verla, se le distinguen sutilísimos filamentos áureos. La transición ha sido muy brusca, y hay una frescura húmeda que molesta. De tarde en tarde una ráfaga de viento hace patinar los automóviles y arranca ramas a los follajes de los parques. Cruje un techo. Se estrella un vidrio. La cortina de la lluvia se mueve como un telón de agua. Es que el ventarrón dió un aletazo. Hay malestar, pero no desasosiego. La Habana torna a sonreír bajo su manto de neblina. Han pasado la ansiedad y el temor. El mar no recobra aún su interés y su agilidad. Está feo, renegrado y pesado. Pero sobre él, burlándose de sus refunfuños, está haciendo sus

aéreos trastuleos una veintena de pajarillos maldadosos.

La noche vuelve con los toneles llenos y deja caer sus chubascos estrepitosos. Pero el gozo nativo ha vuelto a la metrópoli. Y las risas y los cantos salen de las casas como imitando a los audaces pájaros de la playa: para burlarse de las amenazas del cielo.

Y son de ver el movimiento y la vida retratados en el asfalto de las calles, que, mojado desde hace treinta horas, parece un reluciente espejo negro, una pulimentada placa de ónice. Todos los objetos que producen luz se reflejan allí diagonalmente, en zig-zag, como un río de líneas oscuras que retratase las plantas de las márgenes: la flama verdosa de las farolas, la mancha de topacio del alumbrado de las tiendas, las linternillas ocres, rojas, moradas de los automóviles, la silueta caricaturesca de los transeúntes.

¿Y el ciclón? Nadie piensa en él ya. Se fué, es decir, no llegó, aunque había anunciado su visita. En el observatorio meteorológico la seguirán los pasos. Entro en mi cuarto y me siento a leer con la tranquilidad que acaban de transmi-

tirme los buenos amigos del olvido y de la esperanza. Seguros estamos, ellos y yo, de que mañana volverá el sol para que la alegría de la Habana no tome este tinte gris que tan mal sienta a su hermosura criolla.

LOS GESTOS DE LA ALEGRÍA

ENTRE el matizado bullicio del paseo, me daba cuenta de que indudablemente la multitud es avasalladora; nos atrae, nos deshace y nos funde en la emoción total, con la fuerza irresistible de las grandes leyes mecánicas. La ciudad de la Habana estaba de fiesta aquella tarde: celebraba su martes de Carnaval.

El paseo y el parque de Martí eran bloques apretados de vida humana: las gentes, apenas podían moverse, en un lento desfile, entre dos inmóviles márgenes de espectadores, que con hileras de bancas y sillas, ribeteaban aceras y embaldosados. En las calzadas, la doble fila de coches y *autos* rodaba, ya acelerando, ya deteniendo la carrera; y, por en medio, una línea central más holgada y rápida mostraba y lucía el lujo de los vehículos, la caja lustrosa negra, amarilla, blanca, roja—de las *máquinas*; el contorno